

AFIRMACIONES PARA UN TIEMPO DE CRISIS

Por el Consejo de Dirección de IGLESIA VIVA

Durante el pasado mes de octubre el Consejo de Dirección de IGLESIA VIVA celebró su encuentro anual para fijar las líneas inspiradoras de su acción en un futuro inmediato.

Dos fueron los hechos principales que enmarcaron esta reflexión: la visita de Juan Pablo II a España y la victoria del PSOE en las últimas elecciones generales. Dos realidades muy importantes que han despertado en la Iglesia española nuevos retos y exigencias.

La propia Conferencia Episcopal española, con motivo de la celebración de su XXXVIII Asamblea Plenaria, celebrada en junio de 1983, publicó un importante documento titulado La visita del Papa y la fe de nuestro pueblo (que publicamos en nuestra sección de «Documentación») y unas Directrices pastorales de la C. E. E. sobre el servicio a la fe de nuestro pueblo, que también tienen estos dos hechos como telón de fondo. Estos dos documentos episcopales constituyen un análisis de nuestro momento social y eclesial y un proyecto de acción conjunta para toda la Iglesia española.

Dada la trascendencia de la situación actual, el Consejo de Dirección de IGLESIA VIVA elaboró la declaración conjunta, dirigida a toda la opinión pública católica, que presentamos a continuación. Además, estimamos que de esta manera prestamos una colaboración a nuestros obispos en el desarrollo de su proyecto pastoral.

1. Aceptar sin vacilaciones el riesgo de la libertad

La Iglesia se encuentra hoy en nuestro país en una situación social muy favorable para anunciar y vivir el Evangelio de Jesús de Nazaret.

El Evangelio ofrece la libertad radical para los seres humanos y sólo puede ser acogido y asimilado en un clima social de libertad.

La libertad civil abre el horizonte que permite la irrupción del Evangelio en la vida. Ni la persecución religiosa cruenta o incruenta (laicismo) ni el apoyo legal privilegiado o preferente de los poderes públicos a la Iglesia (confesionalidad) son situaciones deseables.

Un Estado aconfesional (laico) respetuoso de la libertad religiosa de todos sus ciudadanos es más conforme con las necesidades de una verdadera evangelización.

No nos va a resultar fácil aceptar la nueva situación. Aunque nos desagrade admitirlo, tenemos miedo a la libertad. Pero el miedo a la libertad, además de ser una ofensa a Dios, es, en el fondo, un reflejo de inseguridad, una falta de confianza en el valor intrínseco de nuestra oferta religiosa, que hemos de llevar a cabo hoy en el interior de unas formas históricas que el pueblo ha elegido democráticamente.

La verdad del Evangelio ha de abrirse camino por su vigor y su coherencia interna. De ahí se deriva una gran responsabilidad para los que ya somos seguidores de Jesús y hemos de visibilizar en nuestras vidas la «superioridad de sentido» que tiene nuestra fe.

Jesucristo nos ha dicho: «No tengáis miedo.» Eso no significa, a nuestro juicio, que haya que suprimir el riesgo de la libertad.

La pretensión de formar un tipo de cristiano a base de seguridad y certezas sin fisuras, mediante la presión eclesial y la cobertura de unas leyes restrictivas del error y el desorden moral, es ajena al espíritu del Evangelio.

Sería erróneo interiorizar un infundado sentimiento de culpabilidad eclesial por el avance de la increencia en nuestro país atribuible a nuestro respeto a la libertad de los disidentes. La consecuencia de ese trauma psicológico suele ser el repliegue intraeclesial involutivo y la intolerancia civil.

Nosotros no anunciamos el Evangelio para tener éxito en términos numéricos (aumento de la clientela eclesial), sino para actualizar y ofrecer a los hombres la salvación en Jesús en cada etapa de la historia. Pero el trigo y la cizaña han de crecer juntos hasta el día de la siega.

No servimos a nuestro pueblo creyente recluyéndolo más o menos discretamente en invernaderos confesionales, sino preparándolo para vivir a la intemperie de una sociedad secular y pluralista. Esto requiere educar su fe para que mantenga una presencia crítica ante los valores y contravalores contenidos en la nueva situación.

2. Cómo encajar la crítica antieclesial

En una situación social de libertades civiles reconocidas, la libertad de expresión no conoce individuos o instituciones intocables.

Es comprensible que la Iglesia experimente sorpresa e irritación ante las críticas públicas de las que es objeto. ¡Hemos vivido tantos años al abrigo de una legalidad unilateralmente protectora!

Nuestra inclinación espontánea nos hace identificar cualquier crítica con la agresión malintencionada, en lugar de aprovecharla como tema de reflexión. Ciertamente resultan dolorosas algunas descalificaciones sumarias que rayan, a veces, en el escarnio de lo auténticamente religioso, pero el proceso a la Iglesia debería suscitar en nosotros una actitud de conversión. La autocrítica, nacida de la crítica ajena, no es un síntoma de debilidad o de incertidumbre del creyente. Es el discernimiento humilde de nuestros errores y pecados históricos que son obstáculos que ponemos a la acción de Dios en nuestros conciudadanos increíbles.

Comprendamos la desconfianza razonable que despierta nuestra reivindicación actual de valores que tradicionalmente hemos rechazado y combatido.

Las sospechas de oportunismo o de pragmatismo no se desvanecen alegando simplemente que los intolerantes eran otros y que no fueron coherentes con las exigencias objetivas de su fe. Sólo con un nuevo estilo de vida colectivo pacientemente desarrollado sentaremos las bases de una convivencia fundada en el respeto y confianza mutuos.

La crítica antieclesial en una sociedad libre y pluralista ha de ser asumida como instrumento normal de purificación.

3. Las ambigüedades de ciertos humanismos cristianos

La fe cristiana filtrada por el colador de los conservadurismos sociales se convierte en ideología, es decir, en factor de legitimación de los intereses de los poderosos. Cierta cultura católica o humanismo cristiano resulta un freno muy perjudicial para el progreso de la justicia en libertad.

Si la Iglesia se aviene a mantener este equívoco, proporciona una coartada religiosa a quienes administran en provecho propio la «civilización cristiana occidental».

Más aún si presta su apoyo material o moral a instituciones que exhiben esa identidad.

Estamos persuadidos de que el peligro mayor que amenaza a la fe de nuestro pueblo procede de la idolatría más que del laicismo.

Un humanismo cristiano apoyado sobre el trípode «familia-propiedad-tradición», bañado en una religiosidad intimista y desentendido de la preocupación por un cambio radical de estructuras es un producto fraudulento.

Descalificar en forma concreta y explícita a organizaciones sociopolíticas de la izquierda por su presunta oposición a la fe, por su humanismo agnóstico, silenciando la adulteración del humanismo cristiano de la derecha equivale a hacer, aunque sea involuntariamente, una elección partidista.

4. Proponer el escándalo del Evangelio

Frente al anuncio de un Evangelio traducido en versión conservadora optamos por un servicio al Evangelio de la provocación: «Yo no he venido a traer la (falsa) paz.»

El ser respetados y agasajados por los poderosos no es un síntoma de que las cosas vayan bien para la Iglesia. La proclamación del Evangelio sin rebajas produce incomprensión y persecución. La persecución no ha de ser buscada por sí misma, pero va incluida en el seguimiento fiel de la tarea de Jesús.

La Iglesia históricamente ha cedido con frecuencia a la tentación del «término medio». Ha recortado los extremismos evangélicos para hacer posible que el camello pase por el ojo de la aguja. Ha inventado, según una expresión feliz, el camello enano.

Las actitudes evangélicas ante el poder, el dinero, la violencia, el sexo... son insensatas, utópicas.

Hemos oído muchas veces a católicos de toda la vida, bien instalados en el sistema establecido, que la sociedad no funciona aplicando los principios del Sermón de la Montaña. Lo cual es perfectamente cierto si significa que no funciona «este modelo de sociedad que conocemos».

¿Acaso —se responderá— es posible otro modelo? Haría falta una naturaleza humana distinta.

Efectivamente, de eso se trata. Nuestro trabajo consiste en ayudar a hacer al hombre nuevo que alumbré la nueva tierra.

Sabemos de antemano que ese proyecto no se logrará en plenitud dentro de los límites de la historia, pero podemos acercarnos a él indefinidamente.

Aceptar el lucro, el consumismo, la disuasión, el hedonismo como criterios configuradores de la convivencia humana, porque es lo sensato, implica renunciar a la lógica del Evangelio. Una cosa es admitir el gradualismo en la implantación de las exigencias de dicha lógica y otra muy distinta relegar el horizonte evangélico a la otra vida, dando por bueno el planteamiento dualista de la burguesía cristiana.

5. Por una democracia integral

La fidelidad a la fe nos impulsa a colaborar en la construcción de una sociedad integralmente democrática. Los valores fundamentales del estilo de vida democrático: participación ciudadana, libertad, solidaridad, protagonismo popular, nos parecen asumir acertadamente los rasgos de la persona humana vista desde la perspectiva de la fe.

Creemos advertir en nuestra larga marcha hacia la democracia una tendencia al «caudillismo moderado». La vida política gira en torno a unas cuantas figuras estelares, aunque exista un tejido político que teóricamente canaliza y expresa la voluntad ciudadana.

Las cuestiones fundamentales se sustraen al debate popular, lo cual impide la formación cívica y favorece el abstencionismo.

Somos conscientes de las dificultades para ampliar y profundizar la democracia derivadas de condicionamientos internos e internacionales. Pero hay que evitar el peligro de deslizamiento de un posibilismo razonable a un posibilismo puramente pragmático.

La adscripción a la política de bloques nos vincula a un modelo de democracia neocapitalista en el que la soberanía popular no podrá controlar las decisiones económicas.

La inserción gradual en la dinámica del belicismo, connatural a la bipolaridad, reduce al mínimo la dimensión civil de nuestra vida pública y nos somete a los criterios del complejo militar-industrial en vías de gestación.

Nuestra defensa del valor supremo de la vida humana sería incongruente y parecería insincera sin una opción clara contra cualquier forma de belicismo.

6. Ofrecer la vida cristiana desde el interior de la laicidad

Una nostalgia neoconfesional parece bloquear la creatividad pastoral de nuestra Iglesia. La interpretación prevalente en sus niveles de gobierno atribuye el proceso acelerado de secularización a un proyecto deliberado de laicización.

Los cambios de valores y de referentes culturales que se advierten en las conciencias serían en esa hipótesis el fruto de la acción legislativa disolvente de los poderes públicos. La liquidación paulatina de la escuela católica por asfixia económica o por infiltración ideológica redondearía la operación.

Sin embargo, según la apreciación jerárquica, «estos vaivenes y crisis no han afectado en profundidad (todavía) a la gran masa de nuestros fieles, ni en la firmeza de su fe ni en su entrañable pertenencia a la Iglesia» (La visita del Papa y la fe de nuestro pueblo, número 20).

¿Quiénes son esos fieles y cuáles son las señas de identidad de su fe y su entrañable pertenencia a la Iglesia?

El mismo documento citado lo explica a continuación:

«La comunidad católica española sigue estando constituida por la inmensa mayoría de los ciudadanos del país.» Su fe católica se manifiesta en que, «además de bautizar a sus hijos, los llevan a la catequesis y a los sacramentos y solicitan para ellos educación cristiana en las escuelas públicas» (Id., número 20).

La superación de la crisis se logrará mediante una catequesis masiva que elimine las carencias de formación y una potenciación de las instituciones confesionales que preservan de los acosos del proselitismo laicista.

Con sincero respeto y sin dogmatismo por nuestra parte hemos de decir que no nos satisface esa interpretación de nuestro presente eclesial y la opción pastoral correlativa.

La secularización acelerada de nuestro país es, a nuestro juicio, el precio ordinario del tránsito de una sociedad agrícola a una sociedad industrial. La laicización de las costumbres es, al menos en parte, la consecuencia de una pastoral que ha sacramentalizado sin evangelizar, reduciendo en la mayoría de los casos la fe a religiosidad de impregnación sociológica. La supuesta conjura contra el catolicismo es una reacción

quizá desmedida, pero comprensible contra nuestra tradicional intolerancia y afán de hegemonía ético-cultural.

Por eso, preferimos una presencia eclesial en la vida pública de nuevo cuño. ¿Cómo definirla? La inserción sin arrogancia ni timidez en el horizonte de la laicidad para ofrecer desde él las razones de nuestra esperanza a quienes se sientan interpelados por nuestra colaboración leal, crítica y desinteresada.

Más que instrucción religiosa, el hombre de hoy necesita modelos de identificación (personales y colectivos), que hagan creíble y deseable una nueva vida inspirada en la fe en el Hombre Nuevo, Jesús de Nazaret.

Proponemos el cultivo de la fe personal mediante la creación de espacios eclesiales que ayuden a discernir la voluntad histórica de Dios, a acompañar críticamente las nuevas culturas emergentes y a sostener la participación de los creyentes en los movimientos de humanización. Todo ello a través de una conversión evangélica que aproxime nuestras prácticas eclesiales al seguimiento de Jesús, y realice en el interior de la Iglesia el espíritu de las bienaventuranzas.

Al servicio de esa misión evangelizadora queremos contribuir con el modesto instrumento de nuestra revista.